

Bianca Marais

SI NO SABES
LA LETRA
TARAREA



MAEVA

Título original: *Hum if you don't know the words*

© BIANCA MARAIS, 2017

Publicado por primera vez por G. P. Putnam's Sons
Sello perteneciente a Penguin Publishing Group, una división
de Penguin Random House LLC

© de la traducción: Álvaro Abella Villar, 2018

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que **MAEVA** continúe publicando libros para todos los lectores.

Agradecemos al Canada Council for the Arts su ayuda en la traducción de este libro.



Canada Council Conseil des arts
for the Arts du Canada

ISBN: 978-84-17108-60-1

Depósito legal: M-5.846-2018

Imagen y diseño de cubierta: Opalworks

Preimpresión: MT Color & Diseño, S.L.

Impresión y encuadernación: **CPI**
BLACK PRINT

Impreso en España / Printed in Spain

Los escenarios de la novela



* Al final del libro encontrarás un glosario con términos de otros idiomas que aparecen en la novela.

*Para
Maurna,
mi querida patita,
y para
Eunice,
Puleng y Nomthandazo,
que me enseñaron que aunque se puede segregar a las personas
no se puede segregar los corazones
porque el amor no entiende de colores y atraviesa los muros.*

ROBIN CONRAD

13 de JUNIO de 1976
Boksburg, Johannesburgo, Sudáfrica

U ní las dos últimas líneas de la rayuela y escribí un «10» grande en la casilla del final. Sentí un escalofrío al escribir los años que tendré en mi próximo cumpleaños, porque todo el mundo sabe que cuando pasas a dos dígitos, dejas de ser una niña. La tiza verde, que había tomado prestada de la pizarra de puntuaciones del juego de dardos de mi padre sin su permiso, era tan pequeña que mis dedos rozaban el cemento de la acera mientras daba los toques finales a mi creación.

—¡Hala! Ya está.

Retrocedí un paso y estudié mi obra. Como de costumbre, me sentí frustrada porque las cosas que hacía no me salían tan bien como me las imaginaba en un principio.

—Es perfecta —declaró Cat, leyéndome la mente como siempre e intentando calmarme para que no borrara la rayuela en un ataque de inseguridad.

Sonreí, aunque su opinión no debía contar demasiado; mi hermana gemela se impresionaba fácilmente con todo lo que yo hacía.

—Vas tú primero —dijo Cat.

—Vale.

Saqué del bolsillo la moneda de bronce de medio centavo y la froté para que me diera suerte antes de lanzarla al aire con el pulgar. Hizo un arco, a la vez que daba vueltas y soltaba destellos bajo la luz del sol, y cuando aterrizó en la primera casilla me lancé hacia la rayuela, deseosa de terminarla en un tiempo récord.

Completé tres circuitos antes de que la moneda se saliera dando saltitos del cuadro marcado con el 4. Ahí debería haber terminado mi turno, pero miré furtivamente a Cat, que se había distraído con el alboroto de un ibis hadada en el tejado del vecino. Antes de que se diera cuenta de mi error, devolví la moneda a su sitio con la puntera de mi zapatilla de tela y seguí saltando.

—Lo estás haciendo muy bien —me animó Cat unos segundos después, cuando se giró y vio mi progreso.

Espoleada por sus aplausos y su ánimo, brinqué más rápido, sin darme cuenta hasta que ya fue demasiado tarde de que se me había soltado un cordón de las playeras. Me lo pisé y tropecé justo al llegar a la última casilla, aterricé con las rodillas y me raspé la piel al caer contra el cemento duro. Grité, primero del susto y luego de dolor, y ese ruido atrajo a mi madre, cuyas chanclas aparecieron en mi campo de visión. Su sombra me cubrió.

—Por el amor de Dios, otra vez no. —Se agachó y me levantó de un tirón—. Qué torpe eres. No sé de dónde lo has sacado.

Chasqueó la lengua cuando alcé la rodilla ensangrentada para que ella pudiera verla.

Cat permanecía arrodillada a mi lado, poniendo muecas ante la visión de la gravilla incrustada en la herida. Me empezaron a escocer las lágrimas, pero sabía que debía detener su avance implacable cuanto antes o sufriría las consecuencias de la irritación de mi madre.

—Estoy bien. No es nada. —Forcé una sonrisa acuosa y me levanté vacilante.

—Ay, Robin. —Mi madre suspiró—. No irás a echarte a llorar, ¿verdad? Ya sabes lo fea que te pones cuando lloras.

Bizqueó los ojos y torció la cara con un gesto cómico para ilustrar su comentario, de modo que forcé la sonrisita que ella andaba buscando.

—No voy a llorar —dije.

Llorar delante de casa, a la vista de los vecinos, sería una ofensa imperdonable; a mi madre le preocupaba mucho lo que los demás pensasen de mí, y también lo que esperaban de mí.

—Buena chica. —Sonrió y me dio un beso en la cabeza, como recompensa a mi valentía.

No hubo tiempo para disfrutar del elogio. El timbre del teléfono rasgó la mañana y así de rápido se acabó uno de los últimos momentos tiernos que íbamos a compartir mi madre y yo. Parpadeó y la calidez en sus ojos se convirtió en exasperación.

—Dile a Mabel que te ayude a limpiarte, ¿vale?

Mi madre acababa de desaparecer por la puerta trasera que daba a la cocina cuando noté unos sollozos, y al bajar la vista me encontré a Cat llorando. Mirar a mi hermana siempre ha sido como mirarme en un espejo, pero en aquel momento sentí como si hubieran quitado el cristal entre mi reflejo y yo, de modo que ya no estaba mirando una imagen de mí misma; me estaba mirando a mí misma.

La pena grabada en los rasgos fruncidos de Cat era mi pena. Sus ojos azules estaban inundados con mis lágrimas y su labio inferior temblaba haciendo pucheros. Quien alguna vez hubiera dudado de la empatía entre hermanos gemelos solo tenía que ver a mi hermana sufriendo por mí para convertirse en un creyente convencido.

—Deja de llorar —le bufé—. ¿Quieres que mamá te llame llorica?

—Pero tiene pinta de doler mucho.

Ojalá existiera esa sinceridad en los ojos de nuestra madre.

–Vete a tu habitación para que no te vea –le dije–, y no salgas hasta que te encuentres mejor.

Le recogí un mechón de pelo castaño tras la oreja. Se sorbió la nariz, asintió y se metió corriendo en casa con la cabeza gacha. Un minuto más tarde la seguí y encontré a nuestra criada Mabel en la cocina, fregando los platos del desayuno. Llevaba su desgastado uniforme verde menta (un vestido tipo mono que le quedaba muy ajustado en su rollizo cuerpo, con los botones cerrados muy tirantes por delante) con un delantal blanco y un *doek*.

Mi madre seguía al teléfono en el salón, hablando con ese tono de voz despreocupado y feliz que solo ponía con una persona: su hermana Edith. La dejé a lo suyo, consciente de que si le pedía que me pasara a mi tía, me respondería que dejase de interrumpir las conversaciones de los adultos, o que dejase de disfrutar tanto con el sonido de mi propia voz.

–Mabel, mira –dije, al tiempo que levantaba la rodilla, aliviada porque no fuera uno de sus pocos domingos libres.

La criada se estremeció al ver la sangre y se llevó las manos a la boca, lanzando espuma de jabón por los aires.

–¡Yoh! ¡Yoh! ¡Yoh! ¡Cuánto lo siento! ¡Cuánto lo siento! –exclamó como si fuera ella la causante de mi sufrimiento.

Para mí, esta letanía era mejor que todas las tiritas del mundo y un bálsamo inmediato para el dolor.

–Siéntate. Tengo que verte. –Se arrodilló e inspeccionó la rozadura, torciendo el gesto al hacerlo–. Voy por las cosas del botiquín.

Lo pronunció con su marcado acento y paladeé sus palabras del mismo modo que disfrutaba con todo el inglés de Mabel. Me encantaba cómo conseguía que las palabras normales sonaran como un idioma totalmente distinto, y me preguntaba si sus hijos (a los que yo nunca había visto porque vivían todo el año en QwaQwa) hablarían igual.

Sacó el botiquín del armario del fregadero y se arrodilló de nuevo para ocuparse del rasguño. La bola de algodón resultaba especialmente blanca en contraste con la piel oscura de Mabel. La empapó en desinfectante naranja y luego la aplicó en la herida a la vez que murmuraba palabras de consuelo cada vez que yo intentaba apartarme por el escozor.

—Lo siento. *Yoh*, cuánto lo siento, ¿ves? Ya casi está. Casi, casi. Eres una chica valiente. Muy valiente.

Disfruté de sus atenciones y la observé mientras soplabla en mi rodilla, sorprendida de que las cosquillas de su aliento mitigaran el dolor de un modo mágico. Cuando Mabel estuvo satisfecha al ver que la piel desgarrada estaba lo bastante limpia, pegó una enorme tirita encima y me dio un pellizco en la mejilla.

—Mua, mua, mua.

Me plantó unos besos deliciosos por toda la cara y yo contuve el aliento esperando que por fin hubiera llegado el día en que me dieran un beso en la boca. Lo más cerca que estuvieron sus labios fue en la barbilla antes de regresar a la frente.

—¡Todo mejor ya!

—Gracias.

Le di un rápido abrazo antes de volver a salir, y justo cuando llegué a la puerta trasera me llamó mi padre.

—¡Pecas!

Estaba sentado en una tumbona junto al *braai* portátil que había colocado en la franja bañada por el sol en mitad del césped amarillento.

—Trae una cerveza a tu viejo.

Volví al interior de la casa, abrí el frigorífico y saqué una botella de Castle Lager. Mi poca experiencia con el abrebotellas provocó una rociada de espuma sobre el suelo de linóleo, pero no me detuve a secarla. Mabel chasqueó la lengua al verme salir corriendo, pero yo sabía que lo limpiaría sin poner pegas.

—Aquí tienes —dije, y le entregué la botella todavía espumosa a mi padre, que la usó de inmediato para apagar las

llamas que se habían deslizado más allá de la barrera de la parrilla.

—Justo a tiempo —dijo él, y me indicó con un gesto de la cabeza que me sentara en la silla a su lado.

Los ojos azules de mi padre me contemplaron parpadeando desde una cara hermosa, oculta en gran parte tras un matojo de pelo. Por delante, unos rizos ondulados caían sobre su frente, y por detrás lo tenía más largo y rozaba incluso el cuello de su camisa. También se dejaba unas patillas largas y gruesas que casi conectaban con su poblado bigote. Darle un beso resultaba siempre una tarea cosquillosa, y me encantaba que la textura de su cara me raspara la piel.

Me senté y me entregó las pinzas del *braai* como si me estuviera ofreciendo un objeto sagrado. Asintió de un modo solemne y le devolví el gesto para demostrar que reconocía la transmisión de poder. Ahora yo era la encargada de la carne.

Mi padre sonrió cuando me incliné sobre el humo que ascendía de la parrilla, y luego miró la tirita de mi rodilla.

—¿Otra vez has estado haciendo la guerra, Pecas?

Asentí y se rio. Mi padre siempre bromeaba con que tenía un hijo atrapado en el cuerpo de una niña. Sobre todo le encantaba contar la historia de cómo volví a casa el día de mi primera y última clase de ballet, a los cinco años, con las mallas hechas jirones y la pierna llena de sangre. Cuando me preguntó cómo demonios había hecho para acabar tan magullada en una clase de baile, le confesé que me había caído de un árbol al que había subido para esconderme de la profesora. Él soltó una estruendosa carcajada y mi madre me echó un sermón sobre tirar su dinero.

Enseñarme a usar el *braai* era algo que mi padre debería haber enseñado a un hijo varón. Si se sentía defraudado por no haber tenido uno, nunca lo decía, y se dedicaba a promover mi comportamiento masculino en cualquier ocasión.

Cat, sin embargo, era una niña sensible en muchos sentidos, todo lo contrario a mí. También era una remilgada respecto a la carne cruda. No había manera de que mi padre le enseñara la sutileza de cocinar la carne al punto, o cómo poner el puño para lanzar un gancho noqueador, o cómo tirar a alguien al suelo con un placaje de rugby.

—Muy bien. Ahora dale la vuelta a los *wors*. Asegúrate de que pasas las pinzas por debajo de todos los rollos y los giras a la vez, o la liarás buena. Bien. Ahora, aparta las costillas a los lados o se harán demasiado. La grasa tiene que quedar crujiente, pero sin quemarla.

Seguí sus instrucciones atentamente y conseguí hacer la carne a su gusto. Cuando acabamos, llevé la carne en una fuente a la mesa que Mabel nos había preparado en el patio de baldosas. El pan de ajo, la ensalada de patatas y las mazorcas ya estaban listos, protegidos bajo la mosquitera que yo a veces usaba como velo cuando jugaba a ser una espía disfrazada de novia.

—Dile a tu madre que ya estamos —dijo mi padre, y se sentó.

No se fiaba de los ibis hadada gigantes, que podrían lanzarse planeando y robarnos la carne con sus largos picos; solían llevarse la comida para perros que sobraba en los boles, y se sabía que a veces buscaban presas más grandes, como los peces de los estanques ornamentales.

—Está hablando por teléfono.

—Bueno, pues dile que cuelgue. Tengo hambre.

—¡La comida está lista! —grité desde la puerta, y luego volví a salir.

Me acababa de sentar junto a mi padre cuando Cat apareció para unirse. Había borrado cualquier rastro de las lágrimas en su cara y sonrió cuando nuestra madre se sentó a su lado.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó mi padre, al tiempo que alcanzaba la mantequilla y la salsa Bovril para untar su mazorca.

–Edith.

Mi padre puso los ojos en blanco.

–¿Y qué quiere?

–Nada. Ha pillado un fuerte virus estomacal y se ha quedado en tierra hasta que se le ha pasado.

–Supongo que habrá sido una crisis enorme para ella no poder servir esa mierda de comida de avión en vuelos caros a pasajeros estirados. Dios, tu hermana hace una montaña de un grano de arena.

–No es una crisis, Keith. ¿Quién ha dicho que sea una crisis? Solo le apetecía hablar.

–Le apetecía hacerte partícipe del drama de su vida, más bien.

Mi madre alzó la voz:

–¿Qué drama?

Los ojos de Cat estaban muy abiertos y pasaban de uno a otro de nuestros padres. Apartó su mirada de ellos y la clavó en mí. Estaba claro lo que quería decirme: «Haz algo».

–Con tu hermana, todo es un drama –dijo mi padre, equiparando el volumen de su voz al de mi madre–. Nunca es un simple ataque de hipo. Siempre es el fin del mundo.

–¡No es el fin del mundo! ¿Quién ha dicho que sea el fin del mundo? –Mi madre arrojó el cucharón de servir en el bol de la ensalada. Lo miró echando chispas y la vena de su frente comenzó a palpar, lo cual nunca era buena señal–. ¡Dios! ¿Por qué siempre tienes que tratarla así? ¡Solo quería...!

Sonó el timbre de la puerta.

La expresión de alivio de Cat lo decía todo. «¡Salvados por la campana!»

–¡Oh, por el amor de Dios! –Mi padre tiró sus cubiertos, que restallaron sobre la mesa–. Mira qué hora es. ¿Quién puede ser tan desconsiderado como para presentarse a la hora de comer un domingo?

Mi madre se levantó para ir, pero mi padre la retuvo.

–Deja que abra Mabel.

–Le he dicho que se tomara la tarde libre, se va a pasar por la noche para fregar los platos.

Mientras mi madre desaparecía, mi padre le gritó:

–Si son los Testigos de Jehová, díles que se larguen o les pego un tiro. Díles que tengo una pistola bien grande y que no me asusta usarla.

–Me pregunto quién será –dijo Cat, y yo me encogí de hombros. Me interesaba más la pistola.

Cuando mi madre volvió pasados unos minutos, estaba colorada y traía dos libros que arrojó sobre la mesa delante de Cat.

–¿Qué es eso? –preguntó mi padre—. ¿Quién era?

–Gertruida Bekker.

–¿La mujer de Hennie?

–Sí.

–¿Qué quería?

–Venía a quejarse de Robin, por lo visto está pervirtiendo a su hija.

–¿Qué? –Mi padre me miró—. ¿Qué has hecho, Pecas?

–No lo sé.

Mi madre señaló los libros.

–¿Se los diste tú a Elsabe?

–Yo no se los he dado. Se les presté.

–Se *los* presté –me corrigió mi madre.

–Eso, se los presté.

Mi padre se estiró sobre la mesa para alcanzar los libros.

–*El árbol mágico* y *Otra aventura de los cinco* –leyó—. ¿Libros de Enid Blyton?

–Sí, por lo visto Gertruida tiene sus objeciones respecto a los nombres de los personajes, y me ha dicho, de forma inequívoca, que Robin es una mala influencia y que no quiere que vuelva a jugar con Elsabe.

–¿Qué nombres? ¿De qué está hablando esa maldita mujer?

Mi madre hizo una pausa antes de responder:

–Dick y Fanny.*

–¿Lo estás diciendo en serio?

Mi madre asintió.

–Sí, dice que son unos nombres desagradables que no deberían estar permitidos en un hogar cristiano.

Mi padre soltó una risotada, que disparó la carcajada de mi madre. Los dos estallaron en un ataque de risa, y entonces miré a Cat desconcertada. No sabía dónde estaba la gracia.

No había sido mi intención molestar a Elsabe o a la señora Bekker; solo había intentado formar mi propia sociedad secreta como la de los niños de los libros. Quería resolver misterios y tener escondites para reunirnos; quería inventarme contraseñas exóticas sobre bollos de crema y pasteles de mermelada que nadie más pudiera entender. Por desgracia, las demás chicas de nuestro suburbio solo para blancos de Witpark, en Boksburg, eran afrikáneres y, por lo que había visto, solo estaban interesadas en jugar a papás y mamás. Todo ese rollo de cocinar, coser, hacer punto, repostería, cuidar de bebés llorones y gritar a maridos borrachos que volvían tarde a casa de las fiestas de mineros no me llamaba la atención. Yo tenía la intención de ampliar sus horizontes e introducir las en todo un mundo nuevo que se estaban perdiendo.

–Yo solo quería que ella y las demás chicas se leyeran los libros para que se unieran a mi Club Secreto de las Siete –dije–. De momento solo estamos Cat y yo, nos faltan otras cinco.

–¡A la porra con ellas! –exclamó mi padre, y estiró el brazo para atusarme el pelo–. Podéis montar vuestro Dúo de las Chungas las dos solas. O mejor aún, olvidaos de las chicas e id a jugar con los chicos.

* Nombres originales de dos de los protagonistas de *El árbol mágico* (1943), que serían cambiados en posteriores ediciones por las connotaciones sexuales que esas dos palabras fueron adquiriendo en inglés. (*N. del T.*)

Mi madre volvió a entornar los ojos, pero seguía de buen humor y no quise estropeárselo quejándome de que ninguno de los chicos iba a querer jugar conmigo. No le gustaban los lloriqueos y siempre decía que, en lugar de mortificarme con lo negativo, debía intentar buscar soluciones. Lo cual me hizo pensar en lo que mi padre había dicho antes.

—Papi, ¿dónde tienes la pistola?

—¿Qué?

—La pistola grande que has dicho que utilizarías para pegar un tiro a los Testigos de Jehová.

—Era broma, Pecas. No tengo una pistola.

—Vaya. —Fue una decepción, porque esperaba poder usarla para romper el hielo con los chicos—. Pues igual deberías comprarte una.

—¿Por qué?

—El papá de Piet ha dicho que esos bastardos de *kaffir* negros nos matarán algún día mientras dormimos porque somos unas nenazas. Dijo que si no teníamos armas, ya podíamos poner el trasero y dejar que nos la metieran como los *moffies*.

—Vaya, vaya. ¿Y cuándo ha dicho eso? —preguntó mi padre mientras mi madre me decía que no usara las palabras *kaffir* y *moffie*.

—El otro día cuando estaba en su casa jugando con los perros. ¿Qué es lo que le meten a los *moffies*?

—Ya vale de preguntas por hoy, Robin.

—Pero...

—Nada de peros. —Lanzó una mirada a mi madre y los dos soltaron una risotada—. No se hable más.

Fue un domingo normal en todos los sentidos. Mis padres se pelearon, hicieron las paces y volvieron a pelearse, pasando de ser enemigos a aliados con tanta facilidad que uno no sabría decir con seguridad en qué momento se cruzaban y recruzaban las líneas. Cat desempeñó a la perfección su papel de la gemela callada suplente, de modo que yo pude ser el centro

de atención y llevar la voz cantante por las dos. Hice muchas preguntas y traspasé repetidamente los límites mientras Mabel merodeaba como una sombra benévola en segundo plano.

La única diferencia era que, sin yo saberlo, el reloj había empezado a moverse; en apenas tres días, iba a perder a tres de las personas más importantes en mi vida.

BEAUTY MBALI

14 de JUNIO de 1976

Transkei, Sudáfrica

Mi hija corre peligro.

Es el primer pensamiento que tengo al despertar y me azuza para vestirme con rapidez. Todavía quedan dos horas para que amanezca y el interior de la cabaña está negro como el luto. Normalmente sé moverme por la habitación y esquivar los colchones de los niños en la oscuridad, pero ahora necesito una luz para terminar de hacer la maleta.

El roce del fósforo contra el costado rugoso de la caja de cerillas Lion resuena en los confines de la estancia en silencio, y mi sombra asciende como una oración cuando enciendo la vela y la poso junto a la maleta en el suelo. El aroma persistente a azufre, un olor cotidiano que siempre trae a mi mente el amanecer, ahora parece de mal agüero. Respiro por la boca para no tener que inhalar el olor a miedo.

Intento no hacer ruido, pero nada me ayuda a camuflar mis movimientos. Nuestras viviendas son circulares y completamente abiertas dentro de la circunferencia del muro de adobe. No hay techos sobre nuestras cabezas que separen los tejados de paja de los suelos de estiércol. No hay particiones que dividan el espacio común para separarnos en diferentes habitaciones. Nuestras casas no tienen límites, igual que el

mundo en un tiempo no tenía fronteras; no harían falta ni paredes ni tejados de no ser por el refugio básico que proporcionan. La privacidad no es un concepto que mi pueblo comprenda o desee; somos testigos de las vidas de los demás y nos consuela que nuestras vidas sean vistas. ¿Qué mejor regalo se le puede hacer otro que decir: te veo, te oigo, no estás solo?

Por eso da igual lo silenciosa que intente ser, mis dos hijos se despiertan. Khwezi me observa mientras enrosco mi estera; el reflejo de la luz de la vela arde en sus ojos. Tiene trece años y es mi hijo pequeño. No recuerda el día, hace diez años, en que su padre se marchó a las minas de oro de Johannesburgo, ni la agonía de los meses de sequía que precedieron a aquel momento. No recuerda cómo la espalda de aquel hombre orgulloso se fue encorvando gradualmente a medida que Silumko veía morir de hambre a su familia y su ganado, pero Khwezi es lo bastante mayor como para tener miedo de perder a otro miembro de su familia devorado por la ciudad insaciable.

Sonrío para tranquilizarlo, pero él no me devuelve el gesto. Su rostro enjuto está serio cuando alza el brazo distraído para rascarse la franja brillante que tiene sobre la oreja. Esa franja de piel rosácea, con la forma de una acacia, es lo que le quedó tras caerse en una hoguera hace mucho tiempo. Por algún motivo, Dios puso la cicatriz en un punto en el que Khwezi no puede verla, pero que yo, desde mi altura de madre, no puedo ignorar. Sirve para recordarme que los ancestros me ofrecieron una segunda oportunidad con él; la que no se me concedió cuando no fui capaz de proteger a Mandla, mi primer hijo varón, del peligro. No puedo fallar a otro de mis hijos.

—Mamá —susurra Luxolo desde su colchoneta frente a su hermano pequeño. Se envuelve en su manta gris, como una mortaja, para protegerse del frío del amanecer.

—¿Sí, hijo mío?

—Deja que vaya contigo.

Me planteó la misma súplica ayer, al poco de que llegara la carta de mi hermano.

El sobre amarillo y arrugado dirigido a mi nombre, Beauty Mbali, había recorrido una ruta tortuosa para llegar hasta aquí desde la casa de mi hermano Andile, en Zondi, un barrio en medio de Soweto.

Nuestra aldea es tan pequeña que no tiene un nombre oficial que se pueda encontrar marcado en un mapa del Transkei, por eso no hay una entrega directa de correo hasta las estribaciones de este paisaje rural en nuestra reserva negra. Cuando la carta abandonó las manos de mi hermano, el servicio postal la sacó del asentamiento para negros de Soweto —por carreteras arenosas y llenas de baches— hasta Johannesburgo, en el corazón de Sudáfrica, y luego hacia el sur por las principales autopistas alquitranadas de la región de Transvaal, para terminar cruzando el río Vaal y entrar en el Estado Libre de Orange.

Desde allí, seguiría viajando rumbo al sur por los montes Drakensberg, siempre cubiertos de niebla, y luego más y más abajo, zigzagueando por las cerradas curvas hasta llegar a Pietermaritzburg, desde donde torcería hacia las sinuosas y descuidadas carreteras secundarias que la llevarían oficialmente a la oficina de correos de Umtata, en la capital del Transkei.

Su viaje aún no habría concluido allí, pues el sobre todavía debía pasar de mano en mano, de la esposa del jefe de correos al misionero escocés de Qunu —recorriendo una distancia de treinta kilómetros que a mí me costaría seis horas hacer a pie, pero que a la mujer blanca le cuesta cuarenta minutos en el coche de su marido—, y a continuación pasaría de la asistenta negra del misionero al dueño indio de la *spaza*. La última etapa de su viaje la haría con Jama, un pastor de nueve años que recorría los tres kilómetros de pistas polvorientas hasta mi aula, para entregármela con orgullo.

No sé cuánto le habrá costado al sobre recorrer los más de novecientos kilómetros desde el asentamiento negro a la reserva negra para traer su aviso; el sello está borroso y Andile, con las prisas, no fechó la carta. Espero que no sea demasiado tarde.

–Mamá, llévame contigo –me suplica de nuevo Luxolo.

Es su deseo de demostrar que es el hombre de la casa lo que le mueve a desafiar una decisión que yo ya he tomado. No se arriesgaría a faltarme así al respeto por ningún otro motivo. Con solo quince años, Luxolo intenta cumplir con las obligaciones de un adulto en nuestro hogar. Cree que proteger a las mujeres es su responsabilidad, igual que atender al ganado del que vivimos; si me acompañara en mi viaje, velaría porque a su hermana no le sucediera nada y se aseguraría de que las dos regresáramos sanas y salvas.

–La aldea te necesita aquí. Yo iré a por Nomsa y la traeré a casa.

Le doy la espalda para que no pueda ver la preocupación en mis ojos y para no tener que ver yo su orgullo herido.

Mi Biblia es la última de mis posesiones que echo en la maleta. La cubierta de cuero negro está desgastada de las horas que ha pasado entre mis manos. Deslizo la carta de mi hermano entre sus finísimas páginas para protegerla, aunque ya he memorizado sus partes más preocupantes.

Debes venir cuanto antes, hermana. Tu hija corre un peligro extremo y temo por su vida. No puedo garantizar su seguridad aquí. Si se queda, quién sabe qué le podría suceder.

Parpadeo para apartar de mi mente la imagen de Andile escribiendo con su letra enjuta mientras su mano izquierda emborrona las palabras recién escritas con una ola de tinta que baña sus frases como las cenizas de un incendio en el *veld*.

Con ello viene el recuerdo de nuestra madre azotándolo con superstición en los nudillos con una rama de pimpollo cada vez que él cogía algo con la mano equivocada. No consiguió que dejara de ser zurdo a base de torturas, por mucho que lo intentó, igual que no consiguió aplacar mi sed de conocimiento ni mi ambición. Del mismo modo que yo no conseguía quitarle la tozudez a Nomsa.

Después de enroscarme el *doek* a la cabeza, me puse los zapatos. Son tan firmes e incómodos como las costumbres occidentales que dictan el usarlos. Aquí en mi tierra, siempre voy descalza. Incluso en el aula donde doy clase, las plantas de mis pies me conectan con el estiércol del suelo. Sin embargo, si debo aventurarme en el territorio del hombre blanco, necesito vestirme con las ropas del hombre blanco.

Abro la cremallera de mi monedero de abalorios y compruebo los billetes doblados en su interior. Hay lo justo para los taxis y los autobuses de mi viaje hacia el norte. Para los billetes de vuelta tendré que pedirle prestado a mi hermano, una deuda que a duras penas nos podemos permitir. Deslizo el monedero en mi sujetador, otro invento constrictivo de Occidente, y rezo en silencio para que no me roben durante el viaje. Soy una mujer negra que viaja sola, y una mujer negra siempre es el blanco más fácil en la cadena alimentaria de víctimas.

Un gallo cacarea a lo lejos. Es la hora. Me abro de brazos frente a mis hijos, que se levantan en silencio de sus camas para fundirse en un abrazo conmigo. Los estrecho con fuerza, reacia a soltarlos. Hay tantas cosas que quiero decirles. Me gustaría ofrecerles palabras sabias y al mismo tiempo recordarles cuestiones triviales, pero tampoco quiero asustarlos con una despedida excesivamente larga. Resulta más sencillo fingir que va a ser un viaje corto y que estaré de vuelta antes de que caiga la noche. También es importante que Luxolo sepa que confío plenamente en él para el cuidado de su hermano y del ganado mientras yo no esté; no quiero menospreciar su

empeño con ruegos de precaución y vigilancia. Él sabe lo que hay que hacer, y lo hará bien.

–Nomsa y yo volveremos pronto a casa –digo–. No te preocupes por nosotros.

–Y tú, madre, tampoco debes preocuparte por nosotros. Yo me encargaré de todo.

Luxolo es serio. Esta nueva responsabilidad le va bien.

–No me preocuparé. Los dos sois buenos chicos, y pronto seréis unos grandes hombres.

Luxolo abandona mi abrazo y asiente, aceptando el cumplido. Khwezi se muestra reacio a separarse. Le beso en la cabeza y toco su cicatriz con los labios.

–Intentad dormir una hora más.

Como buenos chicos, me obedecen y regresan a sus colchones.

Salgo al alba con una manta envuelta alrededor de los hombros y me pongo en camino por la estrecha senda de la ladera de la colina. Los olores a humo de leña y estiércol llegan para ofrecerme su despedida. Los grillos cantan un adiós discordante. Mi respiración resulta visible a la fría luz de la luna; bocanadas fantasmales de aire abren paso por delante de mí, y sigo su rastro igual que sigo el rastro del fantasma de mi hija por este camino arenoso. Mis pies pisan las huellas que hicieron los suyos hace ya siete meses, cuando Nomsa cambió nuestra vida rural por los estudios en la ciudad.

Intento recordar el aspecto que tenía el día que se marchó, pero lo que viene a mi mente es un recuerdo de ella con cinco años. Teníamos que reparar el techo de paja y, para hacerlo, tuve que usar la *panga* para cortar las hierbas más largas. Por temor a que los niños se pusieran en el camino de la hoja, los envié al *kraal* para que vieran al cordero que había nacido por la noche. A sus tres años, Luxolo echó a correr intentando seguir el paso de su hermana y yo me puse manos a la obra a cortar la paja.

Más tarde, cuando el chillido desgarró los campos, provocando que una banda de gorriones saliera volando, solté la *panga* y salí corriendo. Cuando estaba cerca del *kraal*, detrás de otras dos mujeres que corrían delante de mí, los gritos se habían convertido en aullidos. Otro sonido más inquietante se filtraba entre el alboroto, aunque no descubrí de qué se trataba hasta que llegué a la última cabaña.

Allí estaba Nomsa, en pie, con sus cortas y rechonchas piernecitas separadas, en posición de combate. Se había interpuesto entre Luxolo y un pequeño chacal que intentaba morderla y le gruñía con espuma saliéndole del hocico. El chacal tenía la rabia y estaba fuera de sí.

Nomsa tenía el puñito en alto y lo sacudía mientras gritaba a la bestia que se cernía sobre ella. Sin darme tiempo a echar a correr de nuevo, agarró una piedra y la lanzó con tanta fuerza que acertó al chacal en plena cabeza, provocando que el animal se tambaleara hacia un lado. Cuando llegué junto a ellos, agarré a Luxolo y Nomsa y los subí a mis brazos mientras las mujeres de la aldea espantaban al chacal. Nomsa temblaba del susto. Mi hija, con solo cinco años, había luchado con valentía contra un depredador para proteger a su hermanito. Esperaba ver lágrimas en sus ojos, pero lo que vi fue júbilo.

Aparto de mi mente el recuerdo y la ansiedad subsiguiente. Todavía me quedan seis kilómetros de pistas polvorientas por recorrer hasta llegar a la carretera cerca de Qunu. Una aldea rural como la nuestra, hundida en un valle cubierto de hierba rodeado de colinas verdes, Qunu cuenta con unos cientos de habitantes, lo cual le ha valido tener un nombre de verdad. Se rumorea que Nelson Mandela se crio en estas laderas y por eso se dice que la tierra produce cosas grandes. Quizá tocarla mientras camino me traiga suerte.

Desde Qunu debo tomar el primer taxi que me saque de la protección del bantustán del Transkei y me lleve hacia la provincia del hombre de blanco de Natal; en concreto,

cuatrocientos kilómetros hacia el noreste a través de campos de caña de azúcar y maíz hasta llegar a Pietermaritzburg por Kokstad. Después, tendré que continuar hacia el norte, más allá de las Midlands, cruzar los montes Drakensberg para luego seguir hasta Johannesburgo.

Mi viaje me llevará de este idílico paraíso rural donde el tiempo permanece en suspenso hasta una ciudad sacudida por debajo de sus cimientos por las explosiones de dinamita usadas en las minas de oro, y asaltada desde lo alto por las feroces tormentas que desgarran el cielo del Highveld. Casi mil kilómetros separan este lugar de Soweto, una senda de temor y dudas, pero intento no pensar en la distancia mientras sostengo la maleta apartada de mi cuerpo para evitar que me golpee en el muslo.

Sigo el lucero del alba esperando la salida del sol, que es mi momento favorito del día, aunque Nomsa prefiera los atardeceres. No hay un crepúsculo lento en África, no existe el agradable ocaso en el que el día va dando paso a la noche en un tierno intercambio entre luz y oscuridad. Aquí la noche cae rauda. Si estás atenta, y no eres propensa a distracciones, casi puedes sentir el momento exacto en el que la luz del día se te escapa entre los dedos y te deja intentado agarrar esa oscura savia que es la noche subsahariana. Es una exhalación aguda para cerrar el día, un suspiro de alivio. El alba es todo lo contrario: una buena inspiración, algo prolongado a medida que el día se prepara para lo que está por venir. Igual que ahora me debo preparar yo para lo que me espera en Soweto.

Acabo de torcer hacia al valle para seguir el camino serpenteante de la orilla del río cuando una vocecita me llama:
—Mamá.

La palabra se expande en la silenciosa santidad de la mañana y es absorbida por la neblina que envuelve el cauce del río. Tengo la sensación de haberlo imaginado, de haber

evocado la voz de mi hija desde la otra punta del país pidiendo mi ayuda, pero entonces vuelvo a oír la voz:

—Mamá.

Me giro para mirar el camino que he recorrido y una silueta avanza a saltitos por el sendero hacia mí. Es Khwezi, caminando con paso firme, pues conoce el terreno como una cabra montés. En unos pocos minutos está a mi lado y nuestros alientos se mezclan en vahos de agotamiento al ponernos cara a cara.

—Te has olvidado la comida —dice, y me muestra la bolsa en la que había envuelto las mazorcas asadas y los restos de pollo de la noche anterior—. Tendrás hambre.

Se parece muchísimo a su padre —al chaval que fue su padre antes de que las minas de oro le arrebataran su alegría y la redujeran a migas—, y me ofrece una sonrisa espontánea, orgulloso de sí mismo por haberme librado de pasar hambre. Mi corazón rebosa de amor.

—¿Traerás a Nomsa a casa? —me pregunta, y asiento porque no puedo hablar—. ¿Volverás?

Asiento otra vez.

—¿Lo prometes, mamá?

—Sí. —Es un gemido atragantado, un fuego de emoción al que han robado el aire, pero es una promesa. Traeré a Nomsa a casa.